



**NAVIDAD DE
LOS DEMONIOS**

Y algo más...

WELCOME TO Fabulous LAS VEGAS
BECCA BERGER

NAVIDAD DE LOS DEMONIOS

BECCA BERGER

Copyright © 2018 Becca Berger
Todos los derechos reservados.

AGRADECIMIENTOS

Primero que nada, quiero agradecerte a ti que estás leyendo este relato navideño. Gracias por el apoyo que me han dado a través de estos años, meses, semanas o días. Para una autora independiente, como yo cada palabra, imagen, reseña, comentario, compartida y me gusta significa tanto que no hay forma de agradecerles, salvo darles un poco de mí a través de los Demonios, estos moteros malos que de una u otra forma han logrado ganarse un lugar en sus estanterías, lectores electrónicos, computadoras y/o celulares. GRACIAS por tanto, espero que algún día pueda agradecer a cada una en persona por tanto.

Hay personas que son pilares en este camino, y que sin ellas jamás Los Demonios del Infierno habrían estado en sus manos y ellas son Clara (Mi Socia) que sin importar las distancias siempre me da el visto bueno para cada historia o me manda de regreso cuando algo no la convence, gracias por soportar mis locuras y siempre estar ahí. Ange que a pesar del poco tiempo libre que tienes siempre, no hay ocasión en la que no me des tu mano, para ayudarme a editar y mejorar cada historia, sin ti nada sería igual. Mery que desde el comienzo estuviste conmigo, siempre dando tus conejos y opinión más sincera, gracias. Mosqueteras que siempre me apoyan en cada proyecto, locura y aventura. Las Abogadas del Demonio, este sueño no sería posible sin ustedes, en el transcurso de este tiempo se han convertido en mis amigas, en parte de mi vida, gracias por tanto.

¡Feliz Navidad y Año Nuevo!

DEDICATORIA

Para Areli Avah y todas las guerreras que día a día luchan y se enfrentan a sus demonios.

NAVIDAD DE LOS DEMONIOS

Patrick se recostó en la silla negra de piel donde había tomado muchas de las mejores decisiones en su vida, y ahora no era capaz de resolver ese problema. Con irritación, observó a Nate que sonreía de manera burlona, recargado en el marco de la puerta. Llevaba un par de minutos disfrutando del aprieto en que se encontraba el motero.

—Una sola palabra más y terminarás lavando el jodido baño por un mes —advirtió el presidente de los Demonios del Infierno con un gruñido, mostrándole el dedo medio con una mirada asesina.

—No diré nada, solo recuerda que solo faltan dos semanas para navidad y aún no compras el regalo de Stacy, y si quieres mantener tus bolas en su sitio, más te vale pensar en algo bueno. —Salió, cerrando la puerta de la habitación antes de que Patrick pudiera contestar algo. Solo escuchó como se estrellaba algo contra la puerta, lo que le hizo soltar una carcajada.

Dentro de la sala de juntas Patrick frunció el ceño pensando por enésima vez qué podría regalarle a *su mujer*. Se pasó una mano por la cara, recordando conversaciones para encontrar alguna pista de algo que ella quisiera, pero ¡demonios! lo único que se le venía a la mente eran sus hermosas y largas piernas alrededor de su cintura, o su boca envolviendo su...

—¡Concéntrate, *maldita sea!* —masculló.

En ese momento la pantalla de su celular se iluminó, indicando que había recibido un mensaje. Tomó el aparato aceptando con agrado aquella distracción.

El nombre de Zak parpadeaba en la pantalla.

Con interés comenzó a leer el mensaje de su amigo, sin embargo, una sonrisa amarga se cernió sobre sus labios. Él se estaba disculpando, ya que este año no estaría con ellos en los festejos decembrinos, la herida aún estaba abierta y solo causaría más problemas.

Patrick dejó el celular sobre su escritorio y suspiró pesadamente. No podía negar que le dolía el que Zak no estuviera en esas fechas con ellos, solo él sabía por todo lo que habían pasado para llegar hasta donde estaban. No solo era su amigo, era como un hermano. Y sufría con él. Habían pasado por

tantas cosas y ahora la vida los llevaba por caminos separados. Sentía que de alguna manera estaba traicionando a su amigo al apoyar la relación de Creep y Annie, pero ellos habían tomado la decisión, y no había nada que hacer. El amor era así de traicionero, te llega en el momento que menos lo esperas, y no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

Creep había hablado con él, y se ofreció para irse a Chicago a cerrar unos negocios con socios de Alexandr esos días con Annie, para que Zak pudiera ir, y aunque Patrick estuvo tentado a aceptar la oferta, la rechazó. Este era el hogar de todos los Demonios y no haría que uno de sus hermanos se fuera para que otro viniera, tenían que aprender a vivir con sus acciones y decisiones.

Comprendía perfectamente la posición de Zak. Solo imaginarse a Stacy casada con uno de los Demonios hacia que tuviera ganas de matar. Entendía que no quisiera estar con ellos, pero eso no lo hacía menos doloroso.

Solo quedaban cuatro días para navidad y aún no tenía el regalo de Stacy. Ya había pensado en flores, perfumes, lencería y hasta en un carro, pero en cuanto la idea cruzaba por su cabeza, sabía que no era un regalo apropiado para ella.

La rubia se movió entre sueños y el motero apretó sus brazos alrededor de ella atrayéndola contra su pecho desnudo, escapó un suspiro de los labios de Stacy y de inmediato se relajó.

Patrick estuvo durante mucho tiempo observándola en silencio, sabía que era un cabrón con suerte al tener una mujer como ella en su vida. Era leal, cariñosa, divertida, independiente, fuerte, pero lo más importante era que lo amaba tanto como él a ella. Ahora era cuando comprendía cuando decían que el amor hace que cualquier hombre caiga de rodillas, porque sabía que si un día la perdía, jamás podría seguir adelante.

Estaba tan concentrado en sus pensamientos, que no se dio cuenta cuando un par de ojos azules lo observaban con atención estudiando cada emoción que cruzaba en su mirada.

—¿Qué tienes, bebé? —preguntó por fin Stacy, con la voz enronquecida por el sueño.

—Hey —murmuró suavemente, besando sus labios sin prisas.

—Mmm —gimió por lo bajo cuando Patrick comenzó a bajar los labios por su garganta, dejando pequeños besos y mordidas por su camino—. No creas que lograrás distraerme. —Tuvo que morderse el labio para no dejar escapar el gemido al sentir sus labios sobre su pezón.

—Esto no es el estrado —dijo Patrick, sin separar los labios de su piel.

—Ni yo soy uno de los Demonios —replicó divertida Stacy, cerrando con fuerza los ojos al sentir los dedos de Patrick acariciando sus pliegues—. Detente ahí.

—¿Estás segura? —Patrick se detuvo abruptamente, haciendo que ella chillara en protesta—. Parece que no sabes lo que quieres —dijo burlón.

—Serás cabrón. —Con una sonrisa maliciosa se levantó de la cama y sin cubrirse el cuerpo desnudo fue hacia su tocador y sacó a *Thudor*, un vibrador alta gama que le había regalado Annie hace tiempo. Se lo mostró a Patrick con una sonrisa inocente—. Creo que *Thudor* y yo tenemos una cita. —Se dirigió hacia la ducha, pero antes de tener tiempo de abrir la puerta, Patrick la alcanzó y la llevó directo a la cama.

—¿Ya me dirás que tienes? —cuestionó Stacy con el ceño fruncido, llevaba semanas tratando de adivinar qué es lo que tenía Patrick.

Estaban saliendo del concierto de Bon Jovi, así que Patrick la tenía fuertemente agarrada de la cintura para evitar que alguien la empujara.

—No tengo nada.

—¿Y por qué evitas mi mirada? —Alzó la ceja la rubia, parándose de golpe en medio de la gente.

—Ven, no puedes pararte así. —El motero la llevó hacia un costado donde casi no había gente.

—Por favor —suplicó.

—Es solo que... —se calló por un momento—. ¿Te gustaría que cambiáramos de aires y saliéramos de la ciudad? —preguntó Patrick pensando en los negocios que tenía pendientes con la sede de Los Demonios del Infierno Las Vegas. Había estado en contacto con Dante, el presidente de allá, quien le comentó que dos pequeños club de moteros querían unírseles, pero antes de dar una respuesta, Patrick tenía que conocerlos, y la única fecha en la que podrían verse era justo en Noche Buena. Había pensado que podría solucionar ese asunto el siguiente año, pero quizá no era mala idea hacer ese viaje ese

mismo día por la noche.

—¿Hablas en serio? —Una sonrisa curvó los labios de Stacy, y se lanzó a los brazos del motero—. ¡Me encantaría! ¿A dónde iremos?

—¿Qué te parece Las Vegas? Creo que podríamos divertirnos ahí y hay algunas cosas que me gustaría enseñarte de la ciudad. Recuerdo que un día me dijiste que querías conocer la ciudad del pecado.

—Me encanta. Gracias, amor. Estoy segura que me demostrarás que no es un mito el por qué se llama la ciudad del pecado —bromeó Stacy—. Por fin estaremos tú y yo, solos, y dejarás que el kínder se las arregle por sí mismos unos días.

Stacy vio como Patrick se quedaba muy quieto, y esquivaba su mirada.

—¿Qué pasa?

—Verás, pequeña... —comenzó Patrick con una sonrisa inocente, haciendo que se le marcaran los hoyuelos, Stacy estuvo a punto de devolverle la sonrisa, pero la mirada culpable que le lanzó la detuvo.

—Ya dime, Patrick.

—Los Demonios vienen con nosotros.

Lo dijo tan rápido que ella pensó por un momento que lo escuchó mal, pero poco a poco se dio cuenta que no se trataba de un mal entendido, había dicho que los Demonios irían con ellos en este viaje. Abrió y cerró la boca un par de veces, sin lograr decir nada.

—¿Qué clase de broma es esta?

—No puedo dejarlos, tenemos asuntos que arreglar en la ciudad, además siempre pasamos navidad juntos, y sabes que no es un buen momento para cambiar las costumbres.

—No lo puedo creer. —Stacy no sabía si llorar o reír, y sintiendo que lo mejor era intentar ver las cosas con humor, comenzó a reírse negando con la cabeza para luego recargar su cabeza contra el pecho de Patrick—. Agradece que te amo, que si no juro que te haría sufrir.

—Prometo que tendremos suficiente tiempo y espacio solo para nosotros.

Ella solo rio y le devolvió el beso.

Patrick rodó los ojos al ver la reacción de sus hermanos por la noticia de que esa noche se iban a Las Vegas. Comenzaron a hacer planes de dónde harían el pre-festejo en la tarde de Noche Buena, o mejor dicho a qué bar de

nudistas se irían en cuanto llegaran, aunque estaba seguro que la siguiente parte no les gustaría tanto. Esperó a que dejaran de hablar antes de continuar.

—Nada de fiesta antes de la reunión con los dos clubes de motociclistas, ¿entendieron? —dijo mirando fijamente a cada uno. Pasó la mirada por Hank, Nate, Peter, Vic, Tony y Creep—. Nos iremos hoy en la noche. Quiero a todos listos aquí a las seis, así que no quiero que ninguno se vaya de juerga hoy tampoco.

Contó hasta tres mentalmente y todos comenzaron a hablar al mismo tiempo. Divertido, comenzó a reírse, dejando a todos callados.

—¿Qué demonios te pasa, Patrick? —inquirió Hank de mal humor.

Patrick no pudo hablar y siguió riendo, agarrándose del estómago.

—¿Se puede saber por qué nos vamos de último momento? Tenía planes esta noche con mi mujer. —Esta vez fue el turno de Creep de protestar.

—Realmente parece que soy director de un kínder —dijo divertido Patrick, secándose las lágrimas que le había causado la risa—. Y nos vamos esta noche porque así lo digo. Quien no quiera hacer esta rodada se queda —agregó burlón al ver cómo se aguantaban las ganas de protestar.

—Nate, te llevarás la camioneta.

—La última vez me la llevé yo. Le toca a Hank —se quejó, molesto.

—No te estoy preguntando, Nate. Es una maldita orden.

—¿Y si todos nos vamos en moto? —propuso en un último intento.

—No, necesitamos la camioneta. Ni Stacy ni Annie están acostumbradas a viajes tan largos. Así podrán descansar cuando quieran ahí. Además, llevaremos equipo, no podemos confiarnos ni bajar la guardia.

—Podemos movernos de otras formas—dijo Nate.

—¿Cómo? —preguntó, comenzando a irritarse Patrick.

—¿No conoces Uber? —sonrió divertido.

—Idiota —fue la respuesta de Patrick.

Nate iba a comenzar a hablar, pero Creep le dio un golpe en la cabeza, y lo mandó a comprobar que la camioneta estuviera bien.

Patrick rodó los ojos cuando vio salir a Nate de la sala de juntas. —Ya hablé con Dante. Dijo que el camino en Nuevo México y Arizona estaría libre para nosotros. Necesito que hables con tus contactos de la DEA y FBI Hank y te encargues que tengamos todo el camino sin contratiempos.

Este asintió tomando su celular, comenzando a mandar mensajes.

—¿Alguna otra pregunta?

—¿Cuánto tiempo nos vamos? —Peter habló por primera vez.

—Regresamos el dos de enero. Vic, necesito que consigas toda la información de las personas con quienes iremos.

—Entendido, jefe.

Con eso terminó la reunión y todos salieron del lugar.

—¿Gatita? —preguntó Creep, entrando a su casa. Al ver que no le contestaba su esposa, se quitó las botas de cuero café, pensaba que Annie estaría dormida. No podía culparla, habían pasado la noche probando el sillón tantra. Tenía que admitir que el lugar en el cuarto donde lo habían puesto era ahora su favorito en la casa.

El olor a galletas recién horneadas le llegó de golpe. Con una sonrisa se dirigió a la cocina, ahí estaba agachada con los audífonos puestos, su largo cabello negro amarrado en un chongo alto y con tan solo una de sus viejas playeras que le llegaba por debajo de los muslos, pero por la posición en la que estaba podía apreciar su redondo trasero.

—Siempre te encuentro así —murmuró con una sonrisa de lado, recordando que justo antes de viajar a Las Vegas cuando se casaron la encontró en esa posición—. Aquí es la parte donde dices *me asustaste* —dijo burlón, pero con una mirada llena de deseo.

—Te escuché —contestó la morena con una sonrisa, quitándose los audífonos y dando un paso atrás para alejarse de él—. Ni se te ocurra, Creep. —Su voz no sonó muy segura.

Creep la observó durante unos segundos, viendo las ojeras que adornaban sus ojos. —Ven aquí, gatita. —Abrió sus brazos y ella se refugió en ellos enseguida. Él besó su cabeza y le murmuró al oído—: ¿Por qué estás parada en lugar de descansar?

—No podía quedarme en la cama sin hacer nada —susurró Annie con una sonrisa en los labios, disfrutando del aroma masculino de su esposo. Aún había días en los que no podía creer que estuviera casada y todo lo que había pasado. Se fijó en el reloj que estaba en la pared de la cocina—. ¿Y qué haces tan temprano en casa? No es que me queje, pero quedaste en llegar más tarde con el arbolito de navidad.

—Tenemos que hacer maletas, pequeña.

—¿Maletas? ¿Para qué?

Él se contuvo de contestar algo sarcástico como lo hubiera hecho con

cualquier otra persona. —Nos vamos de viaje en unas horas.

—¿A dónde vamos? —dijo emocionada, separándose de Creep para verlo a los ojos.

—Vamos con todos los Demonios a Las Vegas. Tenemos unos negocios pendientes, y podremos festejar estas fechas allá. Patrick supongo cree que es bueno un cambio después de todo lo que está pasando en el club.

—Me encanta la idea. ¿Irán todos?

—Sí, ninguno se quiere quedar. Ya andan planeando que harán allá —omitió decirle sobre los clubes nudistas que pensaban ir, no es que él fuera a acompañarlos, pero sabía que Annie le cortarían sus pelotas si se acercaba a unos de esos lugares. A Creep no le interesaba ir, la única mujer que le interesaba ver en su cama estaba justo frente a él.

—¿Marian también está invitada? —cuestionó, sorprendida. Junto con Stacy se habían acercado mucho a ella y a su hijo.

—No, ella pasará las vacaciones en Texas con su familia. Y no menciones su nombre frente a Hank —le advirtió.

El viaje fue largo y cansado, habían parado en tres ocasiones para comer, y aunque la mayor parte del viaje Stacy se fue con Patrick, cuando sintió que no podía aguantar más tiempo sentada en la moto, se fue a dormir un rato en la camioneta donde Nate no la dejó de molestar con preguntas.

—Entonces, dime Stacy, necesito convencer a Patrick que Hank es el que debe regresarse manejando esta camioneta. ¿Cómo le haces para convencerlo de hacer cosas que no quiere?

—No te gustará escuchar la respuesta —dijo divertida Stacy, tapándose con una pequeña manta.

—Dime.

—No tienes senos, ni piernas largas, así que no te servirá mi consejo —se burló Stacy.

—Razón número cuarenta y cinco para no enamorarme —dijo Nate como si fuera un crimen—. Las mujeres se aprovechan de nosotros. Otra pregunta, Stacy. ¿Quieres ser mi amante? —la molestó. Esperaba que no le dijera a Patrick, porque tendría sus días contados.

—En tus sueños —dijo Stacy antes de quedarse dormida.

Stacy sonrió al ver el lobby del hotel Luxor, la recepción era muy grande en comparación a otros hoteles donde había estado. Eran alrededor de veinte personas que te ayudaban a registrarte y te asignaban tu habitación, todo en el lugar gritaba lujo, fiesta y, conociendo a los Demonios, problemas.

Aún no podía quitarse la imagen de Hank, Patrick y Creep quejándose durante una de las paradas que hicieron en Albuquerque, protestando que ya llevaban más horas de lo normal. Pero ella no tenía la culpa que su vejiga no cooperara con los planes del viaje. Además, no podían quejarse, era su primer viaje tan largo.

Annie parecía que había nacido para estar en una moto. Se veía tan fresca, como si no llevarán más de veinte horas de camino, y Creep sonreía orgulloso de ella.

Para hacer peor el asunto, los asientos del restaurante en el que pararon sobre la carretera eran súper incómodos y ninguno perdió oportunidad para decir que estaban hechos para torturarlos.

Stacy se sonrojó al recordar cómo había apagado las protestas de Pat. En un momento que se quedaron a solas en el restaurante, y ya que la luz del lugar era muy baja por lo que pasaban completamente desapercibidos, ella solo rogó porque no hubiera cámaras. Por error se había bajado la manta de la camioneta, así que la puso sobre las piernas de Patrick. Cuando este iba a protestar, lo calló con un beso, y metiendo la mano debajo de la manta, le abrió los pantalones y con una destreza que desconocía, tomó el miembro de Patrick entre sus manos hasta que logró que se olvidara de sus quejas y disfrutara del momento.

—¿En qué piensas? —susurró Patrick, intrigado al ver el sonrojo en sus mejillas.

—En el restaurante que paramos hace rato —le dijo sin reparos. De inmediato, escuchó como se detenía la respiración de Patrick, quien sin importarle que estuvieran rodeados de gente, la apretó contra él, lo que le permitió sentir su duro miembro tocando su trasero.

—Mañana no podrás caminar, amor.

Stacy se quedó azorada, sabía que él cumpliría su palabra. La emoción y vergüenza que alguien más hubiera escuchado, la hicieron sonrojarse una vez más. Patrick rio divertido y siguió caminando, tomando su mano.

La gente se volteaba cuando pasaban a su lado. Algunos hombres observaban a Stacy con deseo. Patrick les lanzaba miradas amenazantes y los hombres preferían desviar la mirada. Algunas mujeres se comían con la

mirada a cada uno de los moteros mientras que a Stacy le daba risa y rodaba los ojos internamente, sabiendo que Patrick jamás se fijaría en ninguna otra.

Nate se quedó atrás, platicando con dos rubias que parecían más que dispuestas para irse con él.

—Parece que ya perdimos a Nate —dijo Stacy, divertida mientras les entregaban las llaves de su habitación.

»Amor, tengo que hacer unas cosas.

—¿Todo esta bien? —preguntó Patrick con una mirada llena de preocupación.

—Sí, no es nada. Solo cosas de chicas. —Sonrió con inocencia antes de girarse hacia Annie que estaba entretenida besando a Creep. Tuvo que aclararse la garganta un par de veces antes que su amiga la escuchara.

—No demoraré mucho, solo una hora. Regresaré antes de que te des cuenta. —Le guiñó un ojo y tomó de la mano a su amiga antes de que pudiera decir algo más Patrick y casi la arrastró del lugar. El gruñido de Creep hizo reír divertida a Stacy.

—Todo un cavernícola —dijo, divertida.

En cuanto Stacy salió del hotel, Patrick dio la orden que los vería a todos en el cuarto que le asignaron a Hank y Nate. Asintieron en aceptación, pero con curiosidad.

Patrick antes de ir a dejar sus cosas a su propio cuarto se giró hacia Nate. —Ni se te ocurra ir a otra parte, te quiero en esa habitación.

Diez minutos después todos estaban en el cuarto, esperando a que el presidente de los Demonios del Infierno hablara.

—¿Qué pasa, Patrick? —Creep fue el único que se atrevió a romper la tensión del cuarto. Todos podían darse cuenta que Pat estaba de muy mal humor.

—¿Nate? —gruñó Patrick.

—Aquí estoy, jefe —El aludido dio un paso enfrente, parecía relajado y tranquilo.

—Repítame lo que le dijiste a mi mujer en la camioneta —siseó Patrick con una mirada letal. Todos los moteros se quedaron en silencio.

Nate tragó en seco. —Era solo una broma, Pat. No creerías que lo decía en serio, ¿verdad? —su voz sonaba extrañamente nerviosa.

—¿Crees que me parece gracioso?

—Yo...

—Cierra la maldita boca.

—Vamos hombre, me conoces. —Nate giró la cabeza hacia los demás, pero ninguno salió en su defensa.

—¿Tú qué harías Creep si Nate le hubiera preguntado a Annie si quisiera ser su amante? —Una sonrisa extraña se extendió por el rostro de Patrick, esperando con placer su respuesta.

—Estaría muerto en este momento —contestó sin dudarlo.

—Tienes suerte, Nate... esta noche no morirás, pero... —hizo una pausa, para sacar las llaves de su moto. Las lanzó en dirección del otro motero y este las agarró en el aire—. Quiero todas las motocicletas brillantes en dos horas, y cuando digo todas, me refiero a cada una de los Demonios. —Sonríó satisfecho al ver el semblante de Nate—. Y una cosa más, en este viaje estarás de guardia todo el tiempo, así que te olvidas de las mujeres. Si te veo tan solo hablando con una, pasarás los próximos tres meses como un prospecto más.

Hank silbó, divertido. Todos los demonios comenzaron a reírse.

—No es justo —replicó Nate con la mandíbula tensa.

—Una queja más y también te quedas sin alcohol. Si necesitas una mujer, puedes usar un maldito dildo. —Patrick sonrió. Ahora sabía cómo podría deshacerse de *Thudor*.

Todos comenzaron a reírse, pero Patrick no se quedó para escuchar las burlas. Cerró la puerta detrás de él, y fue hacer un par de llamadas.

—Tenemos que levantarnos —murmuró Stacy, estirándose como un gatito que acababa de tomar su leche. Había regresado hace un par de horas, y Patrick la había llevado directo a su habitación.

Se tenían que arreglar para la cena de Nochebuena que había organizado el club de los Demonios con sede en la ciudad en uno de los salones del hotel, pero ninguno tenía prisa de levantarse del calor del otro.

—Cinco minutos más.

—Para ti es sencillo, solo te pones tus pantalones de mezclilla, una playera, tus botas, te pasas las manos por el cabello y estás listo —protestó Stacy con una sonrisa, mientras besaba el pecho de Patrick antes de levantarse.

—Puedes hacer lo mismo —contestó tranquilo, cruzando los brazos detrás

de su cabeza, viendo a Stacy andar de un lugar a otro en la habitación con la bata del hotel puesta.

Stacy sonrió. Sabía que a él no le importaría si iba en pijama, de pantalón de mezclilla o con vestido, pero quería darle su regalo antes de irse, aunque lo normal fuera intercambiar los presentes hasta el día siguiente. No podía más con la sorpresa, quería compartirlo con él.

Observó el pequeño árbol de navidad que Annie le había ayudado a conseguir durante la sesión de compras, y sacó de su bolsa una caja mediana con el regalo de Patrick.

—Tengo una idea.

Patrick ahogó un bostezo y alzó una ceja en respuesta, había aprendido a mantenerse alerta cuando Stacy decía esa frase.

—Sé que mañana es el intercambio con los Demonios. —Recordó las caras de sorpresa que habían puesto todos al decirles que harían un intercambio de regalos, la habían visto como si tuviera dos cabezas, pero ninguno se negó. No podía esperar para ver con qué salían—. Pero quiero que este sea un regalo solo de nosotros —su voz bajó suavemente.

Patrick se sentó en la cama, completamente desnudo. La miró nervioso por una fracción de segundo, pero después asintió de acuerdo. —Me parece buena idea. —Se puso su playera negra de *Led Zeppelin* y sus pantalones de mezclilla. Fue a su maleta y sacó un sobre negro con un moño rojo.

—Tú primero —dijo enseguida Stacy.

Patrick le entregó el sobre después de darle un suave beso en los labios. —Espero que te guste, preciosa. Estuve pensando mucho en qué podía darte, quería que este regalo fuera especial.

—Todo lo que me das es especial para mí, Patrick. —Con impaciencia, abrió el sobre y sus ojos se ampliaron cuando comenzó leyendo un título de propiedad a su nombre de un espacio comercial muy bien ubicado en Atlanta.

—Sé que quieres tener tu propia firma, pequeña. Y me gusta ayudarte de una u otra forma hacer tu sueño realidad.

Los ojos de Stacy se llenaron de lágrimas y lo abrazó agradecida. —Muchas gracias. Te amo, Patrick. —Era su turno, así que le entregó la caja, mordiéndose el labio, ansiosa de que lo abriera.

—Veamos —dijo Patrick, concentrado abriendo el regalo. Lo primero que vio al quitar la tapa fue una carta. La abrió y comenzó a leerla...

Cuando te conocí, cambiaste mi mundo, me hiciste replantearme quién

soy y lo que quería en la vida, me di cuenta de lo vacía que estaba sin ti. No hemos tenido un cuento de hadas, ni lo quiero ni necesito. Sé que seguramente en nuestro camino habrá peleas, risas, gritos, lágrimas, pero sobre todo estaremos marcados por el amor, fidelidad, compromiso y apoyo incondicional.

Gracias por ser el amor de mi vida. Puedo decir que amo tu sonrisa, la forma que me miras cuando despierto cada mañana, amo lo que me dices cuando me haces el amor, la forma que sostienes siempre mi mano y que siempre me proteges y das mi lugar, pero es algo que siempre te digo, y no solo amo eso de ti, lo que te hace único y un ser maravilloso es ese lado que pocos conocen de ti donde hay una persona herida por la vida, llena de cicatrices y dilemas que te hacen tener dudas. Todos tenemos un pasado, todos hemos tomado malas decisiones en la vida y todos hemos hecho daño a alguien, pero a pesar de todo eso y todo lo que reflejas al mundo, conozco tu corazón y alma tan profundamente que daría mi vida por protegerlos de cualquier daño.

Aún no eres consciente de la persona maravillosa que eres, de la forma que cuidas y te entregas a todas las personas que quieres, nunca dudes de la capacidad de amar y querer que tienes. Eres el pilar de los Demonios del Infierno y de mi vida, y cada uno de nosotros daríamos lo que tenemos y somos para verte feliz.

Estoy segura que nací en esta vida para amarte, así que gracias por ser mi alegría, placer, presente y futuro.

¡Feliz Navidad!

Ahora es hora de que una nueva persona reciba ese amor que tienes por dar...

Cuando Patrick terminó de leer la carta, sentía un maldito escozor en los ojos, pero jamás lo aceptaría. Sin decir nada, abrazó a Stacy por lo que pareció una eternidad. No hacía falta las palabras para expresar el amor que sentían.

—Aún tienes que ver tu regalo —dijo Stacy con los ojos llenos de lágrimas. Se apartó un paso de Patrick, y esperó ansiosa que abriera la siguiente caja.

—¿Qué es esto? —Sacó la caja y la movió un poco, tratando de averiguar de qué se trataba—. ¿Y qué quieres decir con ese último párrafo de tu carta?

—Paciencia, amor. Ya pronto tendrás la respuesta. Anda, abre la caja.

Sin esperar más, Patrick la abrió y un jadeo escapó de sus labios al ver un pequeño par de botas moteras negras.

Levantó la vista al rostro de Stacy, donde ya corrían lágrimas con una sonrisa radiante.

—¿Es lo que pienso? —la voz de Patrick se quebró por un momento.

—Sí, pronto llegará un pequeño Pat a nuestra vida.

Por más que lo intentó, no pudo evitar que su vista se nublara. Stacy lo abrazó fuerte y le susurró al oído—: Serás el mejor padre, amor.

El motero no pudo hablar por unos segundos, eran tantas emociones que recorrían su cuerpo que no se atrevía hablar. Sintió una humedad en sus mejillas y se dio cuenta que estaba llorando, apretó con más fuerza a Stacy. Estaba lleno de felicidad, pero también de miedo. Un pequeño ser dependería de él. Sabía que era un hombre con un pasado lleno de mierda que siempre lo perseguiría, y una voz en su interior le recordó que no solo su pasado era así. Pero él haría lo que estuviera en sus manos para no dejar que su hijo o hija se vieran involucrados en esa parte de su vida.

—Yo quiero una miniatura rubia de ojos azules —comentó Patrick.

—Ya veremos... —murmuró Stacy antes de que comenzaran a besarse.

Creep observó a todos a su alrededor en el salón de fiestas. Todos los moteros estaban bebiendo y comiendo como si no hubiera mañana. La decoración, aunque era sencilla, tenía un toque navideño. Lo que realmente le importaba a la mayoría de los presentes era que el alcohol no faltara. Patrick estaba extrañamente sonriente y no apartaba su atención de su esposa, con una mano en su vientre. Sonrió para sus adentros, se alegraba por ellos. Como un día se lo dijo, él más que nadie sería un excelente padre.

—Vamos a bailar —se quejó Annie, haciendo un mohín.

—Sabes que no bailo, gatita.

—Solo una canción.

—Antes tendrá que congelarse el infierno —dijo divertido.

—Aguafiestas.

—Tengo mejores maneras de complacerte.

Annie no pudo contestar porque los interrumpió Nate, visiblemente tomado.

—Si este animal no te quiere sacar a bailar, yo lo hago —balbuceó con

voz apenas entendible.

—Ni se te ocurra tocarla —intervino Creep con frialdad.

—Tranquilo, no te la voy a robar, hermano.

—Estás borracho, no dejaré que le pongas un dedo encima —dijo serio, Creep.

Patrick se acercó en ese momento. Había estado observando la escena desde su lugar, y sabía lo imprudente que podía llegar a ponerse Nate cuando estaba borracho.

—Ven, Nate. Necesito un favor.

Dos horas más tarde, pocos eran los moteros que podían sostenerse de pie. Pasaba de medianoche y poco a poco se habían ido la mayoría de los invitados.

Patrick ya quería irse a su habitación con su mujer. Hizo una mueca al ver el estado de los hombres, pero sabía que podía confiar en ellos aún en ese estado.

—Hank, ve con Nate al lobby. Dante te dará un sobre para mí.

Este solo respondió con un gruñido, pero se levantó y arrastró a Nate con él, quien antes de salir del salón tomó una botella de tequila y comenzó a beber directo de ella.

—Terminarán en el hospital —murmuró Stacy, preocupada.

—No te preocupes, se saben cuidar solos. Y tú señorita debes descansar por dos.

Un golpeteo insistente en la puerta hizo que Nate se despertara. Se llevó las manos a la cabeza, tratando de aplacar el dolor que lo estaba taladrando.

—Mierda —murmuró, cerrando de nuevo los ojos, dispuesto a ignorar el llamado de la puerta.

—Sé que estás ahí Nate, abre de una maldita vez —escuchó la voz molesta de Patrick, seguido de unos murmullos al otro lado.

—Voy —gruñó. Cuando se levantó de la cama todo alrededor se movió, aún tenía efectos del alcohol en su sangre. Caminando con los ojos cerrados, golpeó algo en el piso, bajó la vista y ahí estaba tirado en el piso roncando a todo pulmón, Hank.

—¿Qué pasa, por qué tanta prisa? —preguntó mientras abría. Al otro lado

de la puerta se encontró con los Demonios, Stacy y Annie—. ¿Por qué están todos aquí? —Frunció el ceño por el dolor.

—Los estamos esperando para hacer el intercambio de regalos —comentó Stacy, entrando a la habitación con una mueca.

—Ya levántate, Hank. —Entre Creep y Patrick lo ayudaron a levantarse. Algo cayó de su pantalón y el presidente de los Demonios lo recogió, al instante comenzó a leer el papel y a los pocos segundos estalló en risas. Todos se quedaron viéndolo como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué es eso, amor? —preguntó Stacy. Este le pasó la hoja, la rubia comenzó a leerlo y al terminar también estalló en carcajadas—. No lo puedo creer.

Creep le quitó el papel y pasó exactamente lo mismo. Así, uno a uno, los Demonios comenzaron a leer el papel.

—¿Qué es eso? —preguntaron molestos Nate y Hank, pues no les habían pasado la hoja.

—¡Tenemos que felicitarlos! —se burló Creep—. Se lo tenían muy guardado.

—¿Qué mierda estás diciendo? —preguntó Hank, poniéndose de pie.

—Pueden quedarse unos días más de luna de miel —dijo Patrick entre risas—. No sé preocupen por el club.

—¿Luna de miel? ¿Qué demonios? —gritó Nate.

Patrick les pasó el acta de matrimonio. Se habían casado en una capilla del hotel en la madrugada, supuso que completamente borrachos.

Se escucharon las maldiciones de Nate y Hank por toda la habitación mientras que sus compañeros se partían de risa.

—Y lo hicieron por bienes mancomunados —añadió Stacy con una sonrisa inocente.

—Creo que debemos dejar a la feliz pareja disfrutar de su noche de bodas —bromeó Creep.

FIN

Como un regalo extra, les dejo el relato del día del Amor y la Amistad, el relato transcurre después de Complicated.

Clichés & San Valentín

Patrick dejó a un lado el bolígrafo y analizó la lista que él mismo escribió un par de segundos atrás. Todo esto era nuevo para el motero, el día de San Valentín siempre fue un día más en su agenda, pero este año era algo totalmente diferente.

Sacudió la cabeza con incredulidad, ¿en serio haría todo esto?

El presidente de los Jinetes del Infierno distaba mucho de ser un hombre romántico y detallista, pero esa rubia lo volvía loco. Esa era la única explicación que su cerebro encontró para justificar sus planes.

Estoy loco.

Un par de días atrás, Pat se había visto arrastrado a un infernal fin de semana de películas románticas. Él era un macho alfa, una película sin armas, explosiones poco creíbles y autos a toda velocidad no atrapaba su atención. No recordaba el nombre de las cursis películas que vio junto a Stacy esa noche, pero solo una cosa quedó grabada en su mente: el brillo en su mirada cuando la protagonista encontraba su casa con velas y pétalos de rosas por todos los rincones.

Pat, sin pensarlo, arruinó el momento con un—: ¡Qué cliché!

El brillo en la mirada de Stacy desapareció al instante, y él no supo cómo retractarse de sus palabras.

El motero tamborileó sus dedos sobre la nueva barra de mármol en su cocina, la cual desencajaba con el resto de los muebles. Todo esto era muy nuevo para él, ¿dónde jodido vendían velas aromáticas? Tendría que mirar a su alrededor para asegurarse que ningún conocido lo reconociera. Si sus hermanos se enteraban de sus planes, no quería saber la clase de burlas de las cuales sería un blanco fácil.

Revisó nuevamente la lista que escribió y una palabra provocó que una gota de sudor resbalara por su frente: *Champagne*.

El motero nunca en su vida probó alguna vez esa pretenciosa bebida, pero era muy consciente de lo ridículo que sería su aspecto con una copa de champagne en la mano. Seguro carecería de esa elegancia que poseía el actor preferido de Stacy.

Unos fuertes golpeteos en la puerta lo sacaron de sus pensamientos, y

reconoció la voz de Nate a la distancia.

Lo que faltaba. Visitas no deseadas, pensó Patrick.

Con desgana, salió de la cocina y caminó hacia la puerta principal.

—¿Se puede saber por qué carajo casi echas mi puerta abajo? — preguntó el motero nada más abrir.

Un apurado Nate lo hizo a un lado bruscamente y corrió hacia el baño más cercano mientras Zak y Creep cruzaban el umbral con las manos llenas.

Al presidente le sorprendió verlos interactuar pacíficamente.

—Nate necesitaba entrar al baño —dijo Zak, luego levantó un paquete de cervezas—, pensamos que ha pasado mucho tiempo desde nuestra última partida de póquer.

—Yo traje una pizza —agregó Creep, dejándose caer en el sofá más cercano y colocando la caja de pizza a su lado.

—Jugamos póquer hace unos días. De hecho, vimos el Super Bowl juntos —gruñó Patrick.

—Eso fue hace una eternidad —dijo Zak, dirigiéndose a la cocina con la cervezas en sus manos.

Patrick maldijo entre dientes al recordar la lista expuesta sobre la encimera, y rezó para que Zak lo pasara por alto.

Sin embargo, la suerte no estaba a su favor.

—¡Ya tenemos ganador! —gritó Zak desde la cocina, atrayendo la atención de Creep.

El motero rubio se puso de pie en su santiamén y corrió hacia la cocina mientras que Nate salía del baño abrochando sus vaqueros.

—¿Ganador? ¿De qué mierda hablan? —Los pesados pasos de Patrick hicieron eco en la casa mientras regresaba a la cocina.

Sus tres hermanos leían la nota con detenimiento, al terminar buscaron su siguiente objetivo. —Vi en eBay que subastaban un par de bolas de segunda mano, supuse que eran las tuyas —dijo Zak con malicia.

—¿Velas? ¿Fresas? ¿En serio, Pat? —preguntó Nate—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Habrá cerveza light en tu refrigerador?

El presidente cuadró los hombros ante esa pregunta, y sus movimientos no pasaron desapercibidos para Creep. Una sonrisa socarrona cruzó sus labios y caminó los escasos metros que lo separaban del refrigerador. Abrió la nevera y sacó una de las cervezas de Stacy. —¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí?

—Dejen de tocar mis cosas —advirtió Patrick.

—¿Ya vieron ese delantal rosa? —preguntó Nate, luego señaló el delantal cuidadosamente doblado a un costado de la estufa.

—Puedo imaginarme a Patrick con ese delantal preparándole el desayuno a Stacy —afirmó Zak.

—Cierren la maldita boca. Ese delantal es de Stacy.

—Seguro tiene una frase ingeniosa. Conozco a tu chica, Pat —dijo con una sonrisa Nate y se dirigió hacia el delantal.

—Si yo fuera tú, no tocaría ese delantal —advirtió el presidente—, tiene *otras* cosas mías.

Sus tres hermanos fingieron estar asqueados, pero Patrick los ignoró.

—Ahora, necesito que se marchen. —Su voz seria, sin rastro de humor.

—¿Nos estás echando por culpa de una jodida falda? —preguntó Creep. Al presidente le costó trabajo no rodar sus ojos.

—Bueno, por esa falda yo cambiaría hasta un riñón —contestó Nate. El gruñido de Patrick retumbó en su pecho.

—¿Y qué haremos el resto de la tarde? —Se quejó Zak—. El club huele a mierda después de la fiesta de anoche.

El motero bien podía darles una patada en el culo y echarlos de su casa, en cambio decidió utilizarlos. —Si tienen tanto tiempo libre vayan a comprar la lista.

Creep sacudió la cabeza inmediatamente. —¡Me niego! Llama a un prospecto y que lo haga.

Patrick señaló a Nate, quien comenzaba a encender su cigarrillo. —Stacy está cabreada contigo, quiere que comiences a bajar la tapa del baño. —Siguió con Creep—. Dice que no te perdona por hacer sufrir a Annie, si yo fuera tu intentaría ganarme a la mejor amiga de la mujer que amo. —Y finalmente llegó al vicepresidente, quien ya lo fulminaba con la mirada por mencionar a Annie. Al contrario de Creep, quien se dejaba llevar por sus emociones cuando se trataba de Annie, Zak pensaba cuidadosamente cada paso que él daba y uno de ellos era simpatizar con Stacy para tenerla de su lado—. Y tu... si no quieres que le diga más a Creep, mejor muévete.

Las sonrisas en sus rostros desaparecieron al instante.

—¿Y tú que maldita cosa harás si todo lo vamos a hacer nosotros? —preguntó Creep con los dientes apretados.

—Supervisarlos —replicó el presidente, saboreando su momento de

triunfo.

Patrick no conocía mucho sobre ropa de moda, mucho menos diseñadores de renombre, pero conocía a la perfección el cuerpo de Stacy. Sabía que el color rojo creaba un irresistible contraste contra su piel bronceada y sobre todo, que ella no poseía ninguna prenda íntima de esa tonalidad. Decidir el color no le tomó tanto tiempo, el problema fue decidir el tipo de modelo.

El presidente envió hasta el fondo de su mente la gran aventura que vivió comprándole ropa interior a Stacy, pero un segundo estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza, totalmente ajeno al agua de la regadera de un par de minutos. En los libros que su chica leía y alegremente le reseñaba después, la dependienta se le insinuaba provocativamente al protagonista mientras la chica observaba todo el coqueteo sin hacer nada.

Al comienzo las empleadas fueron amables con él, sin embargo las observó lanzándole miradas en código al guardia de seguridad. Quizás pasó veinte minutos observando la lencería de un maniquí, pero sencillamente no sabía si a Stacy le gustaría, seguramente lo catalogaron como un perverso con fetiches. Luego, sin siquiera habérselo sugerido, una empleada le aclaró que no pensaba probarse la lencería solo porque su novia pareciera ser de la misma talla. Y el colmo fue las miradas de desaprobación de una madre al verlo elegir ropa interior junto a su hija adolescente, *¿Qué clase de madre lleva a su hija de catorce años a comprar ropa a Victoria's Secret en San Valentín?*

El motero tomó la toalla más cercana y comenzó a secar su cabello. El perfume de Stacy estaba impregnado en la toalla e inhaló profundamente. Ahora entendía porque su chica se llevaba su camisa al departamento y nunca más se lo regresaba.

Escuchó un auto entrar en la vieja cochera, así que Patrick se apresuró en vestirse y bajar las escaleras corriendo en la escasa luz.

Cuando Stacy abrió la puerta principal con su propia llave, él estaba a un metro de la puerta con la respiración agitada.

La mirada de la rubia recorrió inmediatamente toda su casa con tanto detenimiento que Patrick creyó que contó cada vela perfumada. —¿Se te olvidó pagar el recibo de la luz, Pat? —preguntó Stacy, llevando sus manos a sus caderas.

El presidente del club había esperado que chillara de alegría como la protagonista de la película, llorará de emoción o se quedara sin palabras. Sin embargo, no esperó un reclamo.

Entrecerrando los ojos, el motero preguntó—: No, no lo olvidé.

La comprensión fue visible en el rostro de Stacy, sus rasgos suavizándose. Atravesó el umbral hasta llegar a su lado y finalmente bajó la mirada a los pétalos de rosa en el suelo. Un jadeo poco femenino se le escapó. —Por Dios.

—No por Dios, es todo hecho por mí.

En esos momentos, Patrick ansiaba una respuesta listilla de Stacy. Él necesitaba ese tira y afloja entre ellos que eliminara esta extraña tensión entre ellos. Entonces, ella lo miró y la más enorme de las sonrisas se formó en sus labios. —¿Quién lo diría? A Patrick Quinn le gusta lo cliché.

Él motero la corrigió. —A Patrick Quinn le gustas tú.

El brillo en los ojos de la rubia se intensificó. —Me imagino que hay un festín en la cocina —afirmó.

Patrick asintió y luego sonrió ampliamente cuando ella dio pequeños saltitos en el mismo lugar. —Por primera vez, en lo que se refiere a nosotros, tienes la razón.

La abogada se acercó a él y le dio un golpe juguetón en el hombro, pero luego pasó sus brazos alrededor de su cuello. —Pat...

—¿Sí, nena? —preguntó, permitiéndole tomar la iniciativa.

—¿Quieres ser mi San Valentín?

El motero perdió momentáneamente la concentración, las manos de Stacy comenzaban a trazar el logo de Kiss en su camisa.

—Pensé que no me lo pedirías nunca —bromeó.

Todo rastro de humor desapareció cuando Stacy intentó acercarlo más a ella y él obedeció. Buscó sus labios con hambre, como si en ellos pudiera encontrarse todos los secretos del universo. —Patrick, espera... —dijo ella entre besos.

Él la ignoró, *¿Qué podría ser tan importante como para que él tuviera que esperar más tiempo?*

—Cualquiera que sea la razón por la cual quieres que yo espere, ¡Qué espere!

—Pat... —gimió ella—, debo hacer algo.

—Yo también —replicó él, deslizando sus manos hasta su trasero para darle un firme apretón.

—¡No! ¡Es importante! —dijo Stacy poniendo un poco de distancia—. ¡Te compré un regalo!

Patrick frunció el ceño y entre la neblina de lujuria que lo cegaba, recordó que ella llegó sin nada. Señalando el cuerpo de su mujer, agregó—: ¿Estás usando mi regalo?

Un destello de picardía resplandeció en sus ojos. —No, el regalo está en mi auto. Después de que dijeras que las películas románticas era cliché yo no estaba seguro de si querías festejar San Valentín, así que tomé una decisión.

—Si yo no daba un indicio romántico actuarías con normalidad, pero si era el caso contrario sí me darías el regalo —afirmó Patrick.

Stacy asintió.

—Está en el auto, regreso en seguida. No te muevas de aquí... —Luego bajó su mirada a su entrepierna—, ni tú tampoco.

Controlando su impaciencia, Patrick la vio girarse para luego atravesar la puerta. Devoró con los ojos ese trasero que hace unos instantes estuvo entre sus manos e ignoró la punzada de dolor que recorrió su polla.

Un minuto pasó.

Dos.

Tres.

Cuando el motero ya se disponía a ir a buscarla, escuchó el sonido de sus zapatillas subiendo las escaleras del pórtico y ella estuvo a la vista. Tenía otra sonrisa deslumbrante y traía consigo una gran caja de regalo que apenas cabía entre sus dos manos.

—¿Quieres ver que hay dentro? Sé que a ambos nos gustará —preguntó ella, luego cerró la puerta con su pie.

—Sí, quiero ver lo que hay dentro, pero después de llevarte a la cama.

Stacy dejó la elegante caja en el sofá más cercano y se acercó con la respiración agitada hasta él. —No quiero abusar de mi suerte y tu repentino lapsus de romanticismo, pero en mis libros... ya sabes —dijo la última palabra en voz baja y señaló las escaleras.

—¿En tus libros los protagonistas lo hacen en las escaleras? Eso suena

muy incómodo —dijo el motero, frunciendo el ceño. Sin embargo ya imaginaba las posiciones más cómodas para follar.

Podría inclinarla contra la barandilla.

También ella podría subir una pierna sobre la barandilla mientras...

—¡No! —exclamó riendo—. ¿Puedes llevarme en brazos hasta la cama?

La risa de Stacy fue tan contagiosa que él también rio y abrió los brazos. — ¿Al estilo princesa?

—Sí, al estilo princesa.

La rubia pasó sus brazos alrededor de sus hombros y Patrick se inclinó para tomarla de las piernas y subir las escaleras. Solo había dado tres pasos cuando escuchó el característico ruido de una motocicleta a la distancia.

Tres pasos más y se detuvo. —Stacy, ¿Por qué tardaste tanto en traer mi regalo?

Patrick conocía a su chica, ella incapaz de mentir, pero como todo buen abogado podía evadir declararse culpable. —¿Crees que me tarde? Debió ser su imaginación —dijo, luego depositó pequeños besos en su cuello tratando de distraerlo.

—Stacy —advirtió por partida doble.

Ella suspiró derrotada. —Tus chicos dijeron que no había nada romántico en ti, les dije que se equivocaban.

El motero volvió a sus pasos. —¿Ganaste mucho?

Ella hizo una mueca y luego se sonrojó. —Creep y Nate hicieron un anuncio en eBay luego de que los enviaste a hacer la compra.

El presidente tuvo un mal presentimiento, sin embargo preguntó—: ¿A qué vino Nate? Esa era su motocicleta. ¿Qué anuncio?

—Ya ha sido borrado. Patrick Quinn, soy oficialmente la dueña de tus bolas.

Acerca de Becca Berger

Sus novelas:

Complicated.

Segundas Oportunidades.

Desertion.

Música del Alma.

Próximos Proyectos:

Retribution.

Sin Alas.

El novio de mi jefe.

Mentiras Piadosas.

Destiny.

En línea:

Facebook: BeccaBergerAuthor

Twitter: @BeccaBerger17

Instagram: @BeccaBergerautor

Goodreads: BeccaBerger

Correo de contacto: autorbeccaberger@gmail.com